Crecer para trabajar

Empleo, ingreso laboral y dignidad del trabajo en Chile

Oscar Landerretche · Intervención en seminario · Santiago, 2026

I. ¿Para qué crecemos?

Parto con una pregunta que los economistas casi nunca hacemos en voz alta, porque creemos que la respuesta es obvia: ¿para qué sirve crecer? Medimos el crecimiento en PIB, lo proyectamos en décimas, discutimos con mucha pasión si el potencial es 2 o 2,5 por ciento. Pero el PIB no se come. Para la inmensa mayoría de las familias chilenas, el crecimiento existe solo si llega por una puerta: el mercado laboral. Todo lo demás es contabilidad nacional.

Por eso he insistido en que el crecimiento tiene tres objetivos bien concretos. Primero, crear empleo: más gente trabajando. Segundo, subir los salarios reales: que la hora de trabajo alcance para más. Y tercero, que es la síntesis de los dos anteriores, aumentar lo que he llamado la MIL, la masa de ingreso laboral real per cápita. La MIL suma todo lo que los chilenos ganan trabajando, le descuenta la inflación y lo divide por la población. Es un número que mide lo que una familia efectivamente siente: si el hogar que vive de su trabajo está avanzando o está parado.

Prefiero la MIL a mirar por separado la tasa de desempleo o el salario promedio, porque cada uno de esos indicadores, solito, puede contar un cuento amable. Los salarios pueden subir mientras cae el empleo. El empleo puede subir mientras los salarios se estancan. La MIL no deja esconder lo uno detrás de lo otro. No tiene dónde esconderse.

II. Dónde estamos

Y la MIL nos está diciendo algo incómodo. La masa de ingreso laboral real per cápita de julio de este año está apenas 0,7 por ciento por encima de la de septiembre de 2019. Estadísticamente, es lo mismo. Dicho en simple: casi siete años sin avance en el poder adquisitivo de los chilenos que viven de su trabajo. Bajo crecimiento, un mercado laboral débil y un episodio inflacionario doloroso se juntaron para producir este estancamiento.

Las cifras de empleo confirman el diagnóstico. El desempleo llegó a 9,5 por ciento en el trimestre mayo a julio, su nivel más alto en unos cinco años, y el número de ocupados cayó en doce meses. Estamos cerca del millón de desocupados. La informalidad está en torno a 27 por ciento y subiendo. El desempleo femenino supera el 10 por ciento. Y los jóvenes que buscan su primer trabajo están encontrando la puerta cerrada.

Entonces, cuando la gente dice en las encuestas que el país está estancado, no está confundida ni la están manipulando. Está leyendo correctamente su propia MIL. Cualquier conversación seria sobre crecimiento en Chile tiene que partir de aquí, y cualquier estrategia de crecimiento tiene que evaluarse por una sola pregunta: ¿mueve o no mueve este número?

[aproximadamente 4 minutos]

III. Tecnología: abundancia, con un paso doloroso

Ahora bien, buena parte de la angustia actual por el empleo no es solo cíclica. Tiene que ver también con la transición tecnológica que estamos viviendo: inteligencia artificial, automatización, plataformas. Mucha gente se pregunta si esta vez sí las máquinas van a volver innecesario el trabajo humano. La historia nos da una respuesta clara y una advertencia importante.

La respuesta clara es esta. Desde la primera revolución industrial, todas las grandes transiciones tecnológicas terminaron aumentando los ingresos, expandiendo el empleo y elevando el bienestar a escalas que las generaciones anteriores no podían ni imaginar. La máquina a vapor, la electricidad, la línea de montaje y el computador destruyeron oficios, y cada una creó muchos más de los que destruyó. Keynes se preocupaba en 1930 del desempleo tecnológico; el siglo que siguió produjo más empleo y mejores salarios reales que cualquier otro en la historia humana.

La advertencia es esta. La transición no es automática, y no es gratis. En Gran Bretaña, en las primeras décadas de la revolución industrial, la productividad subía mientras los salarios reales casi no se movían, y así estuvieron un par de generaciones. Los historiadores económicos le llaman la pausa de Engels. Los tejedores manuales no se convirtieron en ingenieros de fábrica; muchos de ellos, simplemente, se empobrecieron. La creación y la destrucción de empleo ocurren al mismo tiempo, pero no a las mismas personas, no en los mismos lugares y no con las mismas habilidades.

La lección para Chile no es resistir la tecnología. Eso sería inútil y, además, empobrecedor. La lección es que lo largo y lo cruel de la transición dependen de la

política pública: de sistemas de capacitación y reconversión que funcionen de verdad, de intermediación laboral, de políticas activas de empleo, de una protección social que acompañe a las personas desde el empleo que desaparece hasta el empleo que aparece. Un país que crece lento sufre más estas transiciones, porque los empleos nuevos llegan tarde. Un país que crece rápido las absorbe. Otra vez, el crecimiento es la condición de posibilidad.

[aproximadamente 7 minutos]

IV. El trabajo como fuente de dignidad

Quiero cerrar con una idea menos técnica y, creo, más de fondo. En la discusión sobre tecnología aparece seguido una propuesta tentadora: si las máquinas van a producirlo todo, cobrémosles impuestos y paguémosle a la gente un ingreso para vivir. Crecimiento sin trabajo. Consumo sin participación. Suena moderno. Yo creo que es profundamente antiguo, y no en el buen sentido.

Quiero discutir esa idea desde dos tradiciones que rara vez se ponen de acuerdo en algo. La primera es la tradición marxista. El Manifiesto Comunista de 1848 es, entre otras cosas, una descripción asombrada del poder productivo del capitalismo y de lo que le hace al trabajador cuando lo reduce a un apéndice de la máquina. Para Marx, el problema nunca fue que la gente tuviera que trabajar; el problema era que su trabajo quedaba despojado de sentido y de control. El trabajo, bien organizado, es la forma en que los seres humanos transforman el mundo y se reconocen en él.

La segunda es la doctrina social de la Iglesia Católica, que arranca con Rerum Novarum, la encíclica de León XIII de 1891, escrita precisamente para responder a la cuestión social del capitalismo industrial. Defiende el salario justo, el derecho de los trabajadores a asociarse y la idea de que el trabajo no es una mercancía como cualquier otra. Casi un siglo después, Juan Pablo II lo dijo con todas sus letras en Laborem Exercens: mediante el trabajo, la persona no solo se gana la vida, sino que se realiza como ser humano.

Y la historia no termina ahí. Cuando el cardenal Robert Prevost fue elegido Papa el año pasado, explicó que tomaba el nombre de León justamente por León XIII, porque así como Rerum Novarum respondió a la primera revolución industrial, hoy la Iglesia tenía que responder a otra: la de la inteligencia artificial. Y cumplió. Su primera encíclica, Magnifica Humanitas, firmada en mayo de este año, en el aniversario 135 de Rerum Novarum, dice algo que podría haber estado en esta charla: que la tecnología no mejora por sí sola las condiciones del trabajo, que puede descalificar a los trabajadores, y que por eso hay que acompañarla con políticas que protejan el empleo, capaciten y reduzcan brechas. Y agrega lo

esencial: el trabajo debe ordenarse en torno a la persona y no al beneficio. Ciento treinta y cinco años después, dos Leones diciendo lo mismo.

Y esta no es solo una convicción de papas y de viejos marxistas. En 2017, antes de ser Presidente de Estados Unidos, Joe Biden salió a discutirle a Silicon Valley la idea de un ingreso básico universal como respuesta a la automatización. Dijo que los gurús tecnológicos estaban subestimando a los trabajadores, y recordó una lección de su padre: un empleo es mucho más que un sueldo; es tu dignidad, es tu respeto por ti mismo, es tu lugar en la comunidad. El minero del carbón o el obrero del acero que pierde su trabajo no pierde solo un ingreso. Pierde un lugar en el mundo.

Biden es un personaje interesante para cerrar este triángulo. Es un socialdemócrata a la antigua, de sindicato y de barrio obrero, pero es también un católico practicante: un católico de izquierda, de clase trabajadora, en un país anglosajón y protestante. En él se juntan, en una sola biografía, la tradición del Manifiesto y la de Rerum Novarum. Se puede decir, y hay que decirlo, que su presidencia fracasó en lo más importante: no logró detener la ola populista, demagógica y conservadora que hoy gobierna Estados Unidos. Pero eso no le quita lo otro. Biden sigue siendo un referente de lo más profundo y más antiguo de la expresión política de los trabajadores demócratas norteamericanos, esa que entendía que el trabajo no se compensa solo con un cheque, porque lo que está en juego es la dignidad. Hablo de esa clase trabajadora gringa esa que va a misa el domingo en la mañana y en la tarde grita en el estadio por su equipo de fútbol americano; que cuelga la bandera en el porche, reza antes de comer y guarda la foto del abuelo que desembarcó en Normandía. Pero es la misma que marchó con Martin Luther King, que se afilió al sindicato, que votó por los derechos civiles y que, cuando llegó la hora, se puso del lado de la democracia contra los autoritarismos que hemos visto surgir. A cierta izquierda de campus le incomoda la mitad de ese retrato y aplaude la otra mitad, sin darse cuenta de que es una sola gente, con una sola ética: la de quienes creen que uno se gana el lugar en el mundo trabajando, y que por eso mismo nadie debería quedar afuera. Y que cualquier cosa que se parezca a eso que llamamos "socialismo" es una sociedad de gente que trabaja, progresa y construye hogares, comunidades y naciones, no una de clientes políticos, atrapados en la dependencia y la adicción; subsidiados, sí, pero excluidos.

Las dos tradiciones llegan al mismo lugar: el trabajo no es solo una fuente de ingreso. Es una fuente de dignidad, de pertenencia, de reconocimiento de los demás. Es la manera en que nos hacemos útiles unos a otros, y en que somos ciudadanos de una economía y no solo sus clientes.

Por eso la idea de pagarle a la gente para vivir fuera del sistema productivo encaja tan mal con el proyecto moderno de la democracia liberal, que descansa en ciudadanos autónomos que se sostienen a sí mismos y sostienen su comunidad. Y es igual de difícil de compatibilizar con el proyecto socialdemócrata de una sociedad inclusiva, que siempre ha significado incluir a las personas en la producción, en la negociación y en el esfuerzo común, no solo en el reparto de sus resultados. Una sociedad donde una minoría trabaja y una mayoría es compensada no es inclusiva. Está partida en dos, por muy generosas que sean sus transferencias.



V. Cierre

Vuelvo entonces al principio. Chile necesita crecer, y con urgencia. Pero no un crecimiento que se mida solo en PIB. Necesitamos un crecimiento que cree empleo, que suba los salarios reales y que, por fin, mueva la masa de ingreso laboral real per cápita después de casi siete años de estancamiento. Necesitamos gobernar la transición tecnológica para que sus costos no caigan sobre quienes menos pueden soportarlos. Y necesitamos acordarnos de por qué todo esto importa: porque un empleo no es solo una liquidación de sueldo a fin de mes. Es una de las formas en que una persona libre se para en una sociedad libre.

Muchas gracias.